

Lo central y los intersticios

► JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ, GUEST EDITOR, UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA

Esta publicación es producto de un esfuerzo para articular, en un espacio común, resultados de investigación y enfoques teóricos que suelen vivir en espacios relativamente separados. No se trata de reivindicar un punto de vista teórica y metodológicamente ecléctico, sino, por el contrario, contribuir a la construcción de un campo que consideramos, al menos parcial, pero centralmente, común.

El lugar que ha ocupado y ocupa la problemática del sonido y lo auditivo en los estudios de comunicación, en particular, y en los estudios sociales y culturales, en general, es al menos paradójico. Nadie discutirá la importancia de lo musical en la conformación cultural de una sociedad, y en cualquier congreso de comunicación una ponencia sobre lo radiofónico será bien recibida aunque no sin cierta condescendencia. Sin embargo, ocurre que nuestra cultura, ésta, la de nuestros días, es fundamentalmente escrita y audiovisual. Sólo para anotar un ejemplo candente: si bien la telefonía móvil sigue aumentando su penetración en la sociedad y ello provoca que siga aumentando la cantidad de conversaciones exclusivamente sonoras, lo que llama la atención en la vida cotidiana y en la académica es su condición de *smartphone* y la presencia de la *cuarta pantalla*: nuevo soporte y espacio para los intercambios escritos y audiovisuales.

¿A qué se debe esa desatención de la presencia del sonido en la vida social? Seguramente se debe a las dificultades para capturar su materialidad, que en este volumen serán tematizadas, pero también se debe a la falta de tradición en su manipulación, y no debido al uso. La historia de las visualidades y de lo escritural se remonta a los vestigios más antiguos de las culturas desaparecidas, pero ninguno de sus sonidos ha dejado huellas materiales. La musicología debate si las transcripciones notacionales de la música deben ser tomadas como representación técnica de los sonidos musicales o como aproximaciones consensuadas parcialmente para acordar que ciertas melodías, ritmos y armonías deberían sonar de una manera y no de otra.

Recién a fines del siglo XIX, consolidándose como fenómeno importante en las primeras décadas del siglo XX, el sonido ha comenzado a tener una vida despegada de sus fuentes: lo telefónico, lo fonográfico y lo radiofónico han

constituido una revolución tecnológica y cultural equivalente a la generada en la actualidad por las nuevas mediatizaciones, pero, tal vez por su dimensión revolucionaria, ha pasado casi desapercibida frente a lo que fue en su momento la imprenta y el auge posterior de las mediatizaciones audiovisuales.

Precisamente, las nuevas mediatizaciones le están dando a la vida social del sonido una nueva oportunidad de ocupar un lugar de relevancia entre las preocupaciones de la sociedad. Nuestras calles, plazas y medios de transporte están habitados por *individuos con auriculares*: hablan por teléfono mientras caminan o conducen sus automóviles o bicicletas, escuchan radio para informarse mientras entretienen su tiempo de tránsito o escuchan la música que ellos mismos se han elegido y editado, o que le proveen las redes en *streaming*. En los intersticios de la vida social las mediatizaciones del sonido y sus múltiples discursos viven, interactúan y se transforman.

¿Esas nuevas mediatizaciones llevan a la desaparición de las performances cara a cara, conversacionales, musicales o políticas? De ningún modo, a pesar de las denuncias apocalípticas acerca de la *virtualización* de la vida social, los bares y las plazas siguen creciendo en nuestras ciudades, los circuitos musicales no masivos se hacen sostenibles por las facilidades comunicacionales de las redes. Incluso, los políticos no pueden dejar de caminar en los intersticios de la vida de sus votantes, conversando.

Estamos, entonces, frente a nuevas convivencias entre el sonido *en directo* y el sonido *mediatizado*, y de éstos con el sonido en *performances face to face*. Difícil establecerlo, pero esas convivencias y tensiones parecen tener un largo recorrido por delante. Por lo tanto, parece correcto aprovechar el momento de transformaciones para intentar comprender el conjunto del fenómeno sin dedicarnos exclusivamente a la actualidad y, menos, exclusivamente al futuro. El conocimiento debe avanzar en espiral, en tensión entre lo previo y lo nuevo.

Una de las barreras que limitan ese enfoque complejo sobre las relaciones entre comunicación, sonidos y cultura es la *especialización*. Como resultado del privilegio cultural por ciertos tipos de intercambios y en desmedro de otros, los estudios musicales han tendido a especializarse desde hace mucho tiempo y han configurado un campo relativamente exclusivo y excluyente. Lo mismo ha

ocurrido con los estudios sobre la radio y sus discursos, que han desarrollado sus propios congresos y líneas de publicación. Las conversaciones telefónicas, por su parte, no han sido estudiadas por su condición de *interindividualidad* y por la necesidad de la aceptación de los intervinientes y/o de la justicia para su indagación. Por último, las técnicas fonográficas han quedado en manos de los técnicos y los productores de grabaciones, así como de los responsables de la tecnología de amplificación en los conciertos en vivo. En resumen, la vida del campo de estudios comunicacionales y culturales sobre fenómenos sociales de sonido está parcelada y con pocas conexiones sistemáticas entre sí y respecto a otras series de lo social.

Para diseñar este número de la revista *InMediaciones de la Comunicación*, teniendo en cuenta las nuevas necesidades así como las barreras y las limitaciones descritas, teníamos dos alternativas básicas: diferenciar los contenidos por secciones disciplinares o de objetos (teorías sobre el sonido y la audición; prácticas etnográficas y culturales relacionadas con la música; semiótica y ecología de los medios y nuevas mediatizaciones, entre otras) o, como finalmente decidimos, construir un sumario donde estuvieran los diferentes tópicos sin orden aparente. De este modo el lector, que espera tener una idea general del enfoque de la publicación, se verá obligado a leer el conjunto de los artículos y otros contenidos, sobreponiéndose al riesgo y al efecto de cierto desorden conceptual.

Esperamos que el riesgo asumido de desorden no provenga de la calidad conceptual y teórica de los artículos seleccionados, que representan bien cada problemática estudiada y que están basados en investigaciones empíricas. La construcción de un nuevo campo requiere asumir riesgos, pero también la proposición de un enunciario o un lector comprometido con el cuestionamiento de las fronteras de sus disciplinas.

Sin duda, el clima de transformación comunicacional de la época será un estímulo ordenador.